

JOSÉ JOAQUÍN BLANCO. *Ciudad de México: espejos del siglo XX*. México: Era, 1998.

La labor en conjunto de la editorial Era y la Fonoteca Nacional del Instituto Nacional de Antropología e Historia de Pachuca ofrece una valiosa y nostálgica selección de imágenes histórico-cotidianas de gente en la Ciudad de México de la primera mitad del Siglo Veinte. Una bienvenida y valiosa selección en la que, sin embargo, asalta siempre la duda respecto a quién selecciona y qué se descarta. El subtítulo, “espejos del siglo XX,” no es del todo justo pues la foto más antigua es de circa 1910 y sólo hay tres “recientes” de 1960 y 1963. Más preciso sería un título aludiendo a la primera mitad del siglo XX, pues casi el cincuenta por ciento de fotografías se concentra en las décadas del veinte y treinta, y otro cuarenta y cinco por ciento en las del cuarenta y cincuenta, la representación para la segunda parte del siglo es, por lo tanto, nula. No obstante, estos espejos de imágenes, ahora nostálgicas, convocan, como indica la contraportada “a reconocernos en el pasado y a recordar la infinita mitología de lo que ya ha desaparecido. Lo ido y lo que más o menos, pese a tantos cambios y parches permanece”. La gente es lo que más destaca de entre los trasfondos urbanos de esta colección fotográfica. Y es, precisamente, la historia de gente y pueblo en espacios exteriores urbanos lo que la crónica perspicaz de José Joaquín Blanco rescata y va trazando de manera alterna al discurso iconográfico.

El texto es una exposición de cincuenta y siete imágenes en óptima condición. La mayor parte de las fotografías, como indica el catálogo, provienen del Fondo Casasola (familia de fotógrafos que legó su valioso acervo de miles de fotografías al Estado en 1976), otras diez del Fondo Nacho López y tres más de distintos orígenes.

Para el que “h/ojea” esta colección, resulta inevitable el impulso por contrastar las costumbres, objetos, personajes y espacios de antaño con la actualidad. A esto apunta la reseña de Blanco, pero con carácter interrogatorio, pues nos confronta con el imaginario (ilusorio) del pasado y la crudeza de la tenaz transformación efímera y fugaz del presente. El sujeto que más enfoca la lente fotográfica de esta colección es el que desde siempre ha imperado en las calles capitalinas, el obrero, el comerciante, el vendedor en la calle, específicamente al de la ahora llamada “economía informal”. Aparecen vendedores ambulantes de artículos de toda índole: para el hogar, y de uso personal; vendedores de aguas frescas, matracas, billetes de lotería, helados, flores, frutas, comida, de herbolaria y hasta pirotecnia; y también organilleros, pregoneros, payasos ambulantes, boleros y, repartidores de leche y pan. Y algunos más de mejor prestigio y con local (o, por lo menos cajón) propio como, zapateros, mecanógrafos, cantineros, librereros, peluqueros. Por supuesto no falta el anverso al comerciante, el consumidor que participa de toda transacción, y así “[...] cuánto queda, pese a los veloces cambios de escenografía y utilería, de vestuario y maquillaje! Tenemos siempre, al igual que en el siglo XVI, por ejemplo, la eterna ciudad del comercio ambulante” (8), nos recuerda Blanco.

Poco a cambiado la situación, la necesidad o la inventiva de la gente para “salir adelante”. Ha cambiado el panorama urbano, más cruel y exigente. Hoy se verán exponencialmente multiplicados el número de vendedores ambulantes, arriesgando su seguridad (y la del cliente al que se le ofrece mercancía o servicio de manera agresiva) ante la marejada de tráfico de la megalópolis que es México. Sobre los ejes viales, dentro del

metro o a la salida de éste se observarán, como siempre, pero en mayor cantidad, niños, mujeres, “marías” y hasta familias enteras sobreviviendo en el eufemismo de la “economía informal”. Los payasos ambulantes de hoy, “han devenido menos espectáculo que recurso de la mendicidad infantil, lúgubre y repulsivo. Repulsivo adrede: no pretenden divertir, sino forzar la lástima, como las llagas expuestas del mendigo tradicional” (13). Se convierten por tal en barómetros de la auténtica situación económica del país.

Hay evidencias que el paso del tiempo y la fotografía exponen; como las transformaciones de la fisonomía de la ciudad, de la indumentaria de la gente, de costumbres y actitudes ante el crecimiento demográfico y escasez de recursos para sobrevivir en la gran ciudad. Lo que contrasta de manera dramática con aquellas imágenes, es la innumerable cantidad de cambios vertiginosos que hoy apenas el video en vivo podría documentar pues, “la realidad resulta más instantánea que las instantáneas”.

Cierto, se ha dado una “democratización” en la vestimenta del indio y el pobre urbano pero no en el trato que recibe. Su poder adquisitivo les permite ser pobres a la moda e “integrarse” a la que Blanco llama “la indigenísima ciudad no-indígena” en que son la mayoría de la población, aunque les pese a los apasionados del indigenismo que preferirían que aquellos perseveraran en sus tradiciones y lugares de origen. Hay pobreza que son más llevaderas que otras y la de la economía informal del D.F. parece resultar más atractiva que la del campo. ¿Quién debe entonces tener nostalgia de la ciudad de antaño, la mayoría pobre, la inconstante clase media o la más privilegiada? En su reflexión sobre la experiencia humana que esta compilación iconográfica nos brinda Blanco insta a recapacitar, “[v]emos pintoresquismo y perfiles simpáticos en las fotografías del pasado. Más lúcidos, más razonables, debiéramos encontrar en ellas también piezas de un museo del horror social. Por terrible que sea el presente, nunca hubo, bien mirado, pasado mejor” (17). Esta colección de fotografías de la primera mitad de siglo, invita a meditar sobre la vertiginosa serie de cambios de que somos testigos y también sobre la sociedad que fue y la que continuamos construyendo.

*Hanover College*

EDUARDO SANTA CRUZ

ROBIN LEFERE. *Borges y los poderes de la literatura*. Bern: Peter Lang S.A., Colección Perspectivas Hispánicas, 1998.

Robin Lefere declara desde el inicio que su estudio obedece a la confluencia de dos intereses: la obra de Borges y la cuestión general de los poderes de la literatura. Aquélla le parece lo suficientemente rica en temas, motivos, referencias, fuentes, símbolos, como para suscitar la meditación en sus potencialidades, sus contenidos de verdad, todo lo que, más allá de lo estrictamente literario, propone al lector. Éste, precisamente, ocupa un lugar significativo en el estudio, pues el crítico tiene muy en cuenta el papel que Borges le atribuyó a sus receptores y cómo, la conciencia de esa función, lo llevó a hacerles propuestas directas. Sin embargo, no es éste un ensayo que tenga como base la teoría de la recepción: el texto, argumenta Lefere, tiene una existencia objetiva, y, aunque las posibilidades de interpretación